

**Jordi Juan Martínez**

**LA CAPITAL  
INVEROSÍMIL**

XXXVIII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

*f)L* Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XXXVIII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Benjamín Prado, Isabel Rivera Manzano, Carolina Rubio Alonso, Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, Juan Ramón Santos, Juan Carlos Vázquez e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: noviembre, 2019

© Jordi Juan Martínez, 2019  
© Fundación José Manuel Lara, 2019  
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia  
Maquetación y diseño: Manuel Rosal  
Ilustración de cubierta: *Perro semihundido* (1820-1823) de Francisco de Goya  
© 2019. Image Copyright Museo Nacional del Prado © Photo MNP / Scala, Florence

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1778-2019  
ISBN: 978-84-17453-36-7

Printed in Spain-Impreso en España

A Olga y Lupe



Y Valencia se convirtió inesperadamente en  
la capital, una capital artificial e inverosímil.

ILYÁ EHRENBURG

...del hoy que será mañana,  
y el ayer que es todavía.

ANTONIO MACHADO



## I

El Chino Mateu despertó con el alba. Cuando regresó de lavarse y afeitarse, ella no estaba en la cama. Puso la palma de la mano en el hueco caliente que había dejado en la sábana, evocó su cuerpo flexible y menudo, amasó la tela como si aún pudiese sentir la tibieza de su piel en la yema de los dedos. Permaneció así un instante, con su única mano abierta sobre el lecho de un fantasma, los ojos fijos sobre la pared encalada. Se vistió al cabo y terminó de hacer su petate.

Afuera, la neblina revocaba la superficie del patio y cubría por entero el campo de almendros más allá de las tapias. Las gallinas cacarearon a su paso por el corral y los conejos hincaron los hocicos en la tela de alambre. Emilio estaba dando el forraje a los dos pollinos cuando asomó al establo. Al verle, respondió a su saludo, fue hacia el yerno y le tomó por un hombro.

—¿Marchas?

Adivinó la inquietud al fondo de los ojos zarcos del masovero. También la tristeza; esa amputación íntima que ambos compartían.

—Quería darle las gracias. Por todo.

—Esta es tu casa. Y la de tus hijas. Aquí nada ha de faltarles.

El Chino asintió en silencio.

—¿Te has despedido de ellas?

—Lo hice anoche. No quiero sacarlas de la cama tan temprano.

Emilio cabeceó y le palmeó otra vez la espalda.

—¿Tu equipaje?

–En el porche.

Los dos hombres orillaron silenciosos el patio. Los conejos se abalanzaron de nuevo hociqueando la tela de las jaulas y las gallinas alborotaron bulliciosas al sentirles. Mateu examinó por un momento el corral y se volteó hacia el anciano antes de alcanzar la puerta de la casa.

–Igual no debería usted tener los animales tan a la vista. En el pueblo no se pasa hambre. Pero puede llegar el día.

Su suegro le miró de soslayo y señaló con el mentón la escopeta de postas que colgaba del respaldo de una silla.

–El que no quiera polvo...

–No sería la primera masía que saquean.

–Que prueben. Aquí ya no quedan señoritos.

–Me avisa de inmediato al menor problema.

–No lo habrá. En el pueblo nos respetan. Y además, saben de sobra quién eres.

Mateu suspiró, iba a decirle algo más cuando la puerta rechinó a sus espaldas. Pilar y Lola salieron al porche, ávidas y nerviosas, las dos caras recién lavadas y las cuatro coletas tirantes como maromas. Vestidas de domingo en miércoles. Clavó una rodilla en el suelo y les hizo un gesto. Olían a lavanda y a sueño roto cuando se le echaron en brazos. Escuchó la voz de Antonia por encima de sus cabezas:

–¿Capaz hubieras sido de irte sin abrazarlas?

Con las dos niñas al cuello, enfrentó los ojos de su cuñada, detenida en el vano de la puerta. Burlona, retadora y esbelta; el moño alto y los finos antebrazos cruzados sobre el pecho. El luto que se empeñaba en seguir llevando la embellecía y le hacía parecer mucho mayor de sus dieciséis años. Una mujer y una niña al tiempo. Tan igual y tan distinta a la hermana. Ella tan viva y tan muerta la otra.

Rechistó para sí y espantó aquel pensamiento lúgubre. Ensayó una sonrisa, alisó con la punta de los dedos las mejis-



llas de Lola y Pilar. Enderezó con el índice la barbilla de la mayor, luego la de la pequeña.

–Padre volverá a veros en cuanto pueda. Tenéis que ser buenas y obedecer en todo a la tía y a los yayos. ¿Estamos?

Las dos asintieron, solemnes. Pilar hizo un puchero. Lola se sorbió ruidosa los mocos. Antonia acudió al quite. El Chino se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas por evitar la mirada de ella. Vio entonces a su suegra en el umbral.

–Hijo, aquí tienes el avío.

La tía Dolores avanzó fatigosa y depositó sobre la mesa del porche un hato grande como un lechón.

–Pero si no hacía falta, mujer...

Dolores, el rostro enmarcado por el pañuelo negro, guiñó los ojos y sofocó el amago de protesta con un bufido.

–No digas ni mu y despídete como es menester.

Se inclinó ante su suegra y la cobijó contra el pecho por un instante. Aquel esqueleto huesudo y quebradizo, tan semejante al de sus hijas. Ella le besuqueó con fuerza por todo el rostro y se aupó para susurrarle al oído, imperativa:

–Tú come todos los días. Y no dejes que te maten, Chino.

Mateu le refregó la espalda con una lenta caricia antes de separarse de ella. Estrechó la mano nudosa de Emilio. Cargó con su petate y el avío, y se detuvo ante su cuñada. Antonia no dijo palabra. Le besó en las mejillas, adulta, ceremoniosa; dio un paso atrás y sonrió sin separar los ojos de su rostro.

Cuando cruzó el portón del *mas*, la neblina había escampado y un sol pálido despuntaba sobre la sierra de Espadán. Los almendros relumbraban en flor, como si estuviesen de permiso.